

LA UNION REPUBLICANA.

SEMANARIO ASTURIANO.

AÑO II.

Oviedo 7 de Febrero de 1897.

Redacción y Administración, Altamirano, 6.

NÚM. 50.

11 DE FEBRERO.

Definitivamente acordada la conmemoración de 11 de Febrero de 1873, en Oviedo, por medio de un banquete, pasan ya de 100 los republicanos que se han inscripto para asistir á él.

Los que aún no lo hayan hecho, pueden inscribirse en el Círculo republicano antes de las siete de la tarde de hoy.

Todo hace esperar que la proclamación de la República española será dignamente conmemorada en esta capital y su provincia.

EL PRÓXIMO FIN.

El régimen monárquico, que un soldado de fortuna en momentos aciagos para la patria y teniendo en bien poco los altos deberes que impone la sacrosanta religión de la milicia, restaurara, camina rápidamente hacia su término, víctima á no dudar del vicio de origen que inficiona todo su ser.

Nacido de un crimen de lesa nación; porque crimen y crimen horrendo es imponer por la fuerza una forma de gobierno que la nación legitimamente representada en Cortes había abolido y sustituido por procedimientos genuinamente jurídicos por la única manera de gobierno que concuerda con el derecho del pueblo, el régimen imperante, viene herido de muerte, arrastrando una vida miserable que apenas bastan á prolongar los recursos empíricos de una política doctrinaria y como tal divorciada en todo y por todo de la opinión del país que no es, que no puede ser monárquica.

Originado por la fuerza empleada contra el derecho no ha sabido, ó no ha querido, ó no ha podido librarse de este estigma que le señala para siempre y por eso cuanto debe ser emanación de aquel principio supremo de vida, que es orden, que es armonía, que es justicia, ha desaparecido de nuestra misera España.

Ha desaparecido el sistema representativo; porque las elecciones de todas formas en todos los grados para todos los cargos son una irrisión, un verdadero ludibrio.

No votan los electores; votan los gobernadores y los caciques, ó mejor estos últimos, ya que hemos convenido en que los primeros son meras figuras decorativas, especie de *fantoques*, que sienten, piensan y quieren los que quieren, sienten y piensan *esos órganos esenciales de la política al uso*; y lo que es más repugnante, se finge el aparato electoral, se comete una

enorme falsificación de la cual son autores, cómplices y encubridores los que tienen por la ley la obligación de velar por su estricto cumplimiento.

Hechura los diputados y los concejales y cuantos funcionarios tienen carácter representativo, de los ministros y de sus inmediatos *adláteres*, la iniciativa parlamentaria es un mito, los altos deberes de inspección y vigilancia de los funcionarios *ejecutivos* una burla, la sanción de sus faltas y delitos farsa descarada.

De aquí el absolutismo del poder administrativo, la negación sistemática de cuanto es justo y equitativo, el entronizamiento del caciquismo más descarado que ha dado los destinos públicos en feudo á personas dispuestas á complacerle hasta en sus más decabellados propósitos y á sacar de su empleo el mayor partido posible.

Anulada la influencia *legal y oficial* que la nación puede y debe ejercer por medio de sus mandatarios, la omnipotencia de los funcionarios ejecutivos no encuentra limite. Ellos se las arreglan para hacer del poder judicial una dependencia de la administración y entonces la justicia y el derecho ya grandemente hollados por el absoluto desprecio en que á la opinión pública se tiene en el régimen monárquico, concluyen de una vez víctimas del golpe certero que les ha asestado quien solo puede vivir del privilegio y de la arbitrariedad.

Y para que nada falte en este desquiciamiento que acompaña necesariamente á lo que emana de la notoria injusticia, cuando por culpa de la ineptitud, de la imprevisión, de la inmoralidad, llegan estos terribles sucesos que á diario ocurren; cuando acontece que las colonias mal avenidas con los procedimientos de explotación que, erigidos en sistema se han aplicado años y años, no obstante los consejos que la prudencia y la previsión pronunciaran por boca de políticos honrados que han consagrado su vida al estudio de los grandes problemas modernos, se echa por la calle de en medio, se malgasta sin tasa ni medida la sangre del pueblo, se consumen improductivamente sus recursos y después de explotar inicua y cruelmente el sentimiento altísimo, sacratísimo del amor á la patria, se llega á la postre por otorgar á la fuerza y bajo la presión de una potencia extranjera lo mismo que se había despreciado en tiempo oportuno.

Ante tales signos de descomposición del régimen político dominante ¿quién no presiente su próximo fin? Los mismos hombres que dirigen á los dos partidos que por obra de un sistema de bastardas componendas, nos *desgobiernan* alternativamente, se sienten impotentes ante los gravísimos acontecimientos

que se suceden sin interrupción y apenas aciertan á salir de cualquier modo de las dificultades que surgen traídas por sus desaciertos de toda hora.

La ruina es inminente.

La caída no puede hacerse esperar.

EL MEETING DE MIERES

Satisfechos pueden estar los republicanos de Mieres del *meeting* verificado en aquella floreciente villa el día 31 de Enero. Concurrencia numerosísima; orden admirable; gran entusiasmo; ovaciones continuadas para todos los grandes ideales republicanos; una brillante masa obrera amante de la democracia; la adhesión de muchos indiferentes ó neutrales, á cuyos oídos quizá no habían llegado nunca los acentos de los oradores republicanos; perfecta tolerancia y simpatía por parte de los que profesan otras opiniones: tales fueron las notas más salientes del grandioso acto político organizado por el Comité de Unión republicana de Mieres, á quien sinceramente felicitamos por tan brillantes resultados.

A las dos y cuarto de la tarde se hallaba completamente lleno por el público el gran almacén, propiedad de D. Celestino Llana, donde se celebró la reunión. A pesar de ser improvisada su aplicación á esta clase de actos, el local se prestaba perfectamente. Habíase levantado en él un estrado, decorándolo con la alegoría de la República y carteles conteniendo la leyenda: Libertad, igualdad, fraternidad. Una de las amplias naves del edificio se hallaba provista de asientos, mientras que la otra se reservó para el público que podía permanecer de pie.

De la concurrencia formaban parte personas pertenecientes á todas las clases sociales.

A uno y otro lado de la presidencia, ocupada por el digno presidente del Comité de Unión republicana D. Alejandro Argüelles, se sentaban los Sres. Balbín, Buyla (D. Adolfo), Llana, Alvarez (D. Melquiades), Diaz Sampil, Pumarino (representante de Langreo), Palacios, Close, Gonzalez Prada, Sela, Vigil (don Tomás y D. Antonio, delegados de Lena), Sampil (D. José), Casal, Pumarino (D. Nicanor) y muchos otros republicanos caracterizados de Mieres y Oviedo.

En la mesa de la prensa vimos al Sr. Muñoz, corresponsal de *El País* de Madrid; Alonso Tudela, de *El Heraldo* de León; Albornoz, de *El Correo de Asturias*, y Bernardo, de *El Eco de Mieres*.

El Alcalde, confiando en la cordura y sensatez nunca desmentida de los republicanos, no mandó delegado. A las órdenes del Presidente se hallaba una pareja de guardias municipales, cuyos servicios no hubo necesidad de utilizar, porque los concurrentes guardaron el orden por sí mismos.

El Presidente.

A las dos y media abre el Sr. Argüelles la sesión encargando al ciudadano mierense Sr. Sela la presentación de los dignos miembros de la Junta provincial y delegados de Comités locales que han de hacer uso de la palabra.

El Sr. Sela.

Queridos correligionarios: La bondadosa invitación de nuestro digno Presidente, me depara la honra de dirigiros la palabra en nombre del Comité de Unión republicana de Mieres.

Agradezco esta deferencia tanto más cuanto que es seguramente debida, no á méritos personales de que carezco, sino al entrañable amor que profeso á esta mi querida y bella tierra de Mieres, dotada por la naturaleza de sus más preciadas galas y todavía embellecida y dignificada por la mano del hombre y convertida en venero de riqueza por la industria; región hermosa que, por la risueño de su fértil vega, la rápida corriente de su caudaloso río, lo empinado de sus cimas y los brillantes tonos de su espléndida vegetación, hace pensar en la republicana Suiza; y donde el humo de las chimeneas de las grandes fábricas, el trepidar de las potentes máquinas, el incesante rodar de las innumerales locomotoras, y el movimiento de la laboriosa población, recuerdan á la libre y alta Inglaterra; valle privilegiado en cuyas montañas, á pesar de los amañes del caciquismo, no repercuten, ni repercutirán nunca, más ecos que los ecos de la libertad. (*Grandes aplausos.*)

Investido, pues, con tan honrosa representación, cumplo un grato deber saludando á los que nos dispensan la honra de asistir á este *meeting*. Y permitidme que me dirija, en primer térmi-

no, á los que aún no piensan como nosotros, á los que han venido movidos por la curiosidad ó por el deseo de hallar en esta reunión motivos para decidirse por una idea política determinada. Ellos saldrán de aquí quizá no convencidos de la justicia de nuestra causa, pero sí seguros de que la defendemos de buena fé, la propagamos en entusiasmo y aspiramos á traer la República no para nuestro provecho sino para honra y beneficio del país. Dejad, dejad que vengan; la semilla que aquí recojan germinará tarde ó temprano, que no en vano representan nuestras ideas el porvenir hacia el cual, queriéndolo ó no, todos tenemos al cabo que mirar. (*Aplausos.*)

Saluda luego á los enviados de los Comités de los Concejos vecinos, á Tomás Vigil, representante de Lena, cuya lealtad, cuya consecuencia, cuya perseverancia, cuyo celo acaban de premiar los republicanos de todo Asturias, elevándolo á la vicepresidencia de la Junta provincial (*Grandes aplausos*); á Antonio Vigil, que ha luchado en el campo de batalla contra las hordas del carlismo (*Muy bien. Una voz: ¡Vivan los Vigiles!*), al representante de Langreo D. Alfredo Pumarino, que con los Rebollo, los Ortiz, los Gonzalez y otros entusiastas correligionarios, ha sabido mantener incólume y viva en Langreo la fé republicana. (*Aplausos.*)

Dice que envía también la expresión del reconocimiento del Comité á los ilustrados periodistas que han de transmitir al público el eco de lo que aquí se diga. Hay entre ellos quien viene en nombre de uno de los más esforzados adalides de la República, *El País*, que fué tanto tiempo órgano fidelísimo de las ideas de aquél gran corazón, de aquella alma hermosa, de aquél político insustituible, de aquél carácter hecho carne, que se llamó don Manuel Ruiz Zorrilla (*Grandes aplausos*), cuya muerte lloramos todavía y debemos llorarla; porque si él viviera la República no sería en España una esperanza de próxima realización, sería una hermosa realidad.

Y con todo propósito, añade, he dejado para lo último el saludo en que quisiera poner toda la efusión de mi alma y todo el cariño de mi corazón, el dirigido á vosotros, queridos correligionarios de Mieres, que al asistir á este acto dais elocuente testimonio de vuestra fé republicana, de vuestra devoción á las ideas, de vuestro patriotismo y de vuestro valor, que valor, patriotismo, devoción y fé se necesitan en estos pueblos para declararse republicano y conducirse como tal. (*Aplausos.*)

Estudia la situación del partido republicano en Mieres, recordando lo que debe al Comité federal de la Villa y al de Unión republicana recientemente constituido, y excita á los que aún permanecen en actitud pasiva á asociarse á los esfuerzos de los que forman estos núcleos de organización. No hay que esperar, dice, que nos lo den hecho todo; tenemos que redimirnos por nosotros mismos, por nuestras propias fuerzas.

Presenta, después, á los que han de hacer uso de la palabra, empezando por el Sr. Palacios, representante de la juventud republicana de Oviedo, que en el *meeting* de 28 de Noviembre se reveló como orador fogoso y elocuente; el Sr. Pumarino, de quien he hablado antes; el Sr. Balbín, que con tanto celo y entusiasmo coopera á esta obra de propaganda y organización.... El analizador minucioso, el crítico sagaz, el historiador concienzudo, el profundo observador de las miserias de la política monárquica provincial y local, mi querido amigo Llana, os dirá á qué situación nos ha traído el caciquismo imperante en Asturias. Hablará la ciencia, y hoy, según tengo entendido, la ciencia de los números, por boca del sabio profesor, mi queridísimo maestro y amigo el Sr. Buyla; él os demostrará matemáticamente que no hay gobierno tan caro como la Monarquía ni tan barato como la República. A Melquiades Alvarez no necesito presentároslo. Todos le conocéis, aunque no sea más que por su reputación. Yo que he oído á los mejores oradores de España, la tierra clásica de la oratoria, os diría, si no estuviera él delante, que ninguno habla mejor que Melquiades, que es ya una gloria, no asturiana, sino española.

Ved, pues, concluye, si debemos envanecernos de contar entre nosotros tales adalides, y si debemos apresurarnos á luchar con tan buena compañía por la restauración de la República. (*Prolongados aplausos.*)

El Sr. Palacios Morini.

Demócratas de Mieres: siento defraudar las esperanzas que acerca de mi discurso os haya hecho concebir el Sr. Sela. Las primeras palabras que voy á deciros quisiera fuesen expresión sincera de un saludo entusiasta al hidalgo pueblo que me escucha, trabajador como pocos, y de una súplica á su benevolencia, que ni por mi talento merezco, ni por mis dotes de orador; sí por la honradez de mis móviles y por el amor que tengo á la libertad, á la patria y á la República. (*Aplausos.*)

La República nos traerá la paz que ansian los amantes del trabajo, terminará con el régimen monárquico del vilipendio, asegurará el imperio de la justicia y de la libertad; es la encarnación de la democracia, y la democracia la encarnación del progreso. Si, hasta aquí dominó el privilegio porque el hombre todavía no tenía conciencia de lo que era. El hombre que no tiene conciencia de su personalidad, ni de sus actos, que no concibe la finalidad á que han de tender sus medios, ni la eficacia de su acción, será juguete de sus instintos, como lo es la pluma que vaga por el aire del azar de los vientos que la impelen; formará un pueblo raquítico aparejado para el despotismo más abyecto; será víctima de la tiranía del sacerdote, del héroe de la clase que se haga prevalecer por falsos prestigios; será esclavo del gobierno de uno, del privilegiado, de la monarquía, que al simbolizar con la púrpura su grandeza, simboliza también la sangre humana en que baña sus insanos ódios y sus crímenes horrendos. (*Grandes aplausos*)

Pero el hombre del siglo XIX, que tiene conciencia de su ser, de las cualidades de su naturaleza; que se perfecciona y se integra por su propia obra; que, impulsado por reflexión amarga penetra en los cielos con el pensamiento, y con los medios que la civilización le procura, en los palacios de los poderosos y en las esferas del gobierno; que se ve víctima de farsas indignas y de escándalos sin cuento, arruinado y maltrecho, con derechos que son anhelos sublimes del alma, truncados por la guadaña del privilegiado; el hombre que no se vende, no puede menos de exclamar, impulsado por la sombra de su poder que se hiergue ante él con irresistible imperio: quiero justicia, paz; quiero regirme, ser libre y autónomo; abajo la soberanía de los despotas; sea mi soberanía la única soberana; con estas manos con que en el seno de la tierra sorprende su esencia y la arranco de sus entrañas; con estas manos con que del fondo de las minas extraigo múltiples objetos, que utiliza la industria bienhechora; con estas manos con que doy vida á una máquina que al salir de su inercia puebla al mundo de maravillas infinitas, ó dirijo el rayo que amenaza soberbio la vida del hombre, ó pongo un dique á las olas que rugen embravecidas; con las mismas manos con que acallo los latidos del corazón ante las injurias del infortunio, ó estrujo el cerebro para que no forje, inspirado en la miseria, pensamientos crueles como fantasmas que amedrentan; con estas manos quiero fabricar un gobierno, *el mío*, el gobierno de la libertad, el que se compone de gentes de mi clase que saben lo que es trabajar y lo que es el sufrimiento, un gobierno que no oprima ni explote, porque no pueda, porque es el del pueblo, que se dilata en la humanidad y se gobierna. (*Grandes aplausos*)

Ese gobierno de todos, que no tolera el privilegio; que es la defensa de la justicia; que garantiza los derechos individuales, irrisorios en el régimen de la malhadada Restauración; que ampara los derechos políticos, conculcados por los que hacen del poder infame grangería; que tiene un altar para la libertad de conciencia y un trono para la libertad de la prensa, ahorrada hoy, como el pensamiento, por un gobierno impopular, que no vé sobre sí más que nubes de recelos y tempestades de iras; ese gobierno, digo, es el de la democracia, es la República, que inmoló en aras de la libertad los fueros de la grandeza, los títulos de los cortesanos y la corona de los reyes. (*Aplausos*)

A luchar, pues, por la República, ya que lo exigen la humanidad, la patria y el progreso. Sobre todo los que sois jóvenes como yo y soñáis con el ideal y no podeis acallar los latidos del porvenir que lleváis en vuestro seno, no os apoqueis, luchad; así podrá decirse al ver la floreciente Mieres: en esas fábricas cuyas chimeneas despiden altaneras penachos de humo que sacude el viento; en esas galerías subterráneas en que el martillo de la industria pulveriza las montañas; en esos valles que acaricia el aura, palpita un pueblo trabajador y republicano, honrado, que lo mismo que de las tenebrosidades de la mina extrae lo que ha de procurarnos calor y luz, saca del hielo de la indiferencia alientos para luchar, la luz de la libertad de las tinieblas de la tiranía, de las lobregeces de la injusticia el calor del derecho, vínculo de la solidaridad humana. (*Grandes y prolongados aplausos*)

El Sr. Pumarino.

(*Grandes aplausos acogen su presencia en la tribuna.*)

Correligionarios: permitidme que recoja esos aplausos para mis correligionarios de Oviedo, incansables propagandistas de las ideas republicanas.

Diré pocas palabras, cumpliendo un deber de cortesía, pues solicitan vuestra atención oradores de más prestigios que yo, y á quien tengo tanto interés como vosotros en escuchar.

Traía yo la representación de los republicanos de Langreo

para dirigiros un afectuoso saludo, porque todos estamos unidos por lazos estrechos de amistad, pertenecemos á la familia republicana y comulgamos en las mismas ideas. (*Grandes aplausos*)

Permitidme que también en su nombre evoqué un recuerdo. En cualquiera reunión donde me halle viene á mi memoria la figura grandiosa de un hombre querido, del honrado é ilustre republicano D. Manuel Pedregal, cuya conducta todos debemos imitar. (*Grandes aplausos*)

Ocupase después de los Borbones, desde que establecieron su dominio merced al testamento del imbecil Carlos II, y después de una guerra sangrienta de sucesión, y estudia las consecuencias desastrosas que nos ha traído el gobierno de esa dinastía.

Los períodos que consagra á esta síntesis histórica, de gran corrección y admirablemente dichos, entusiasman al auditorio.

Dice que los republicanos ni predicán ni quieren la destrucción de la propiedad, la familia y la Iglesia, sino todo lo contrario. Recuerda las palabras pronunciadas en ocasión solemne por el ilustre arzobispo de San Pablo, monseñor Ireland: «La Iglesia católica ha respirado el aire de la República y le sienta muy bien.» (*Aplausos*) «Nuestro corazón palpita siempre por la República; nuestra palabra es siempre elocuente cuando se trata de cantar sus alabanzas. Nuestras manos están siempre levantadas para bendecirla y para bendecir á sus soldados.» (*Grandes aplausos*)

Sobre Mieres, pueblo heroico, flotaban nubes de republicanismo que habeis condensado, formando un partido fuerte y vigoroso que mantendrá siempre enhiesta la bandera de la República. Sosteniéndola podreis gritar: ¡Viva la República! (*Grandes y prolongados aplausos*)

El Sr. Balbin.

Saluda á los republicanos de Mieres en nombre de la Junta provincial de Unión republicana. (*Aplausos*)

Sostiene que, aunque en la conciencia de todos está que la República ha de venir pronto, es preciso contribuir á traerla, haciendo lo que los mieresenses han hecho: organizándose, uniéndose y luchando por el triunfo.

Termina con un ¡viva! á Mieres republicano. (*Aplausos*)

El Sr. Llana.

Después de estos días de tempestad y de nieve venimos aquí de propaganda: nosotros hubiéramos venido lo mismo antes; pero el Comité de Mieres ha tenido al buen acuerdo de dejarlo para hoy. Venimos (dice) así como en la cuaresma; casi puede decirse que en misiones, (*Risas y aplausos*)

Me han precedido en el uso de la palabra algunos compañeros dignísimos á quienes aprecio con toda mi alma, por ser republicanos y por odiar de muerte á la Monarquía.

Dice que el pueblo es soberano, pero que hoy no lo es más que en el nombre, y que ni siquiera puede votar, porque no le dejan y vá á las urnas y no vota, y si vota lo hace en contra de lo que quiere votar, y por tanto los elegidos son hijos ilegítimos de la voluntad nacional. (*Aplausos*)

De este régimen (exclama) de tropelías, de iniquidades y bajezas, se vá á la República que es el Derecho, la honradez y la moralidad. (*Grandes aplausos*)

Hace algunas consideraciones respecto de la consecuencia política, de la que dice que es una obligación y una necesidad.

Diríjese después á la alegoría de la República, á la que califica de hermosa y gallarda y dice que se halla con la espada en la mano, espada de la justicia que tanto necesitamos. El león á sus piés, que con sus garras parece trata de arañar y derrumbar el ruinoso edificio de la Monarquía. La bandera en otra mano. Alrededor las hermosas palabras igualdad, libertad y fraternidad. (*Aplausos*)

Ocupase brevemente de D. Numa Guilhou, del que dice era un espíritu noble, honrado y que dió vida á esta hermosa región. (*Aplausos*)

De Asturias dice que es de oro, porque tiene minas, tiene fábricas, tiene industrias mil; pero ya hay quien se encarga de ponerla de oro y azul. (*Risas*) Si aquí se quisiera, podríamos ser libres porque lo merecemos, porque aquí hay de todo. ¡Pero qué! no puede ser, no quiere el amo!

Hablando en el *meeting* del Fontán decía yo que el caciquismo todo lo corroe, todo lo mina, que es como la cizaña entre los trigos y el *putón* entre el maíz, que es peor que cualquier plaga, y esto vosotros lo comprendéis mejor que yo.

Si sois amigos de Pidal tendreis destinos; la justicia no se meterá con vosotros; tendreis misa mayor, repique general de campanas; el Administrador de Contribuciones llegará con la go-

rra en la mano á vuestra puerta y en todas las manifestaciones de la vida sereis considerados y vivireis *píos, felices y triunfadores Trajanos.* (Grandes risas.)

Pero id al campo contrario, aún al monárquico, y si no sois del régimen actual os pasará lo siguiente: las contribuciones crecen como la espuma y pagais por lo vuestro y por lo ajeno; ¿que teneis un pleito? pues lo perdeis; ¿que teneis un hijo que entra en quinta? pues vá al servicio, porque como no es rico ni amigo del cacique, no se le oye.

¿Creéis que es cuento? No señor; os lo demuestro.

Hace para probarlo un detenido estudio de la conducta de la Comisión permanente cuando se ordenó la revisión de expedientes en virtud de denuncias de *El Imparcial* y *El Herald*, y concluye diciendo que á pesar de esto los *farautes* de la Comisión no reclamaron, porque no obran por móviles propios, sino que hacen lo que les manda Pidal. (Grandes aplausos.)

Exhorta á la juventud á que siga siendo republicana. No temais á nada ni á nadie. Confiad en que la Monarquía que nos hace perder á Cuba y Filipinas vá á caer pronto, y en que vendrá la República á regenerar al país, á daros vuestros derechos y á concluir con todas las inmundicias existentes, mediante el reinado de la Moralidad y de la Justicia. (Grandes y prolongados aplausos.)

El Sr. Buylla.

Tenía una deuda de gratitud con el pueblo de Mierse, deuda para mi sagrada.

Profeso cariño á estos valles, pues aunque no soy de aquí, mis progenitores son de Lena, pueblo cercano, y cuando visito estos lugares, me siento rejuvenecer.

Dirijese después á los obreros, á los que dice que si saben luchar y vencer del gas *grisou*, de la tenacidad del hierro y del agua que invade la mina, también sabrán luchar y vencer á la Monarquía. (Aplausos.)

Dice que no necesita recabar la unión de todos, porque aquí la propaganda ya está hecha.

En circunstancias tan críticas como las presentes, en que España yace por el suelo, aquella España que en otros tiempos fué la envidia de las naciones y el temor de los Reyes, necesitamos de vuestro esfuerzo para derribar el árbol caduco de la Monarquía, á cuya sombra se cobijan la inmoralidad y la injusticia. (Grandes aplausos.)

Hace 400 años que sostenemos relaciones con las colonias y en lugar de llevarles la civilización, el Derecho, la vida espiritual y moral, las hemos vilipendiado, escarnecido, abandonado, sin fomentar la instrucción, sin crear escuelas, sin abrir caminos, sin conducirlos por la senda del progreso.

¿Porqué, pues, llamais á los cubanos hijos espúreos?

Nada le debemos á la Monarquía y menos le debe el pobre que se muere de hambre.

Las cifras demuestran de una manera palmaria que es la Monarquía el Gobierno del despilfarro y de la dilapidación.

En 20 años se han gastado en lista civil 190 millones de pesetas; en la Deuda pública hemos empleado 25 mil millones de reales; en sostener el Clero 3.200 millones de reales; las Clases pasivas, es decir, los que no trabajan pudiendo muchos hacerlo y teniendo otros bastantes medios de existencia, han comido al Estado 1.100 millones de pesetas; el Ejército 3.200 millones de pesetas, y á pesar de esto, cuando surge un conflicto como en Cuba y Filipinas, nos encontramos sin soldados, ni armas, ni ropas, y se da el escandaloso hecho de que las escuadras de otras naciones tengan que desembarcar sus tropas para defender la amenazada vida de nuestros súbditos. (Grandes aplausos.)

En Marina se han gastado 3.000 millones de pesetas

En cambio en gastos reproductivos, en lo que constituye el presupuesto de la paz, las cifras son verdaderamente irrisorias.

En Instrucción pública importaron los gastos 242 millones de pesetas, 1.566 en Obras públicas, 780 en Justicia.

Total 48.000 millones de reales!

En gastos productivos apenas se han empleado 18.000 millones de reales!

Ahora quereis saber lo que os lleva la monarquía? Pues por de pronto os quita á los que son carne de vuestra carne y sangre de vuestra sangre. Os arrebatá todos los años la flor de la juventud, el sostén de vuestra vejez, la alegría de la familia, el consuelo de las madres, para devolverlos en su mayor parte disgustados del trabajo, desmoralizados, apegados á la empleomanía, muchos muertos por las enfermedades que engendran la fatiga y la mala alimentación, los que no quedan sepultados en la manigua ó mueren en el bosque víctimas de la fiebre, de la anemia,

de la tisis ó de las asechanzas de los filibusteros. (Grandes aplausos.)

Os lleva la monarquía á vosotros, obreros é industriales, que trabajais para hacer más ricos á los ricos, y que consumís mucho porque necesitáis reponeros del desgaste orgánico que ocasiona la diaria labor y porque teneis muchos hijos; os lleva en forma de contribuciones y de impuestos de todas formas y maneras que se acercan mucho en veinte años á SESENTA MIL MILLONES DE REALES. (Aplausos.)

¿Y qué os dá en cambio? Lo que dá el Estado al obrero es... un minimum de instrucción, tan minimum, que está representado por miseros maestros, dotados hasta con *cién pesetas* de sueldo anual; os dá una raquítica institución para retiro de los trabajadores ancianos é inútiles allá en el centro que todo lo absorbe, con un número de plazas inverosímil por lo escaso y reglamentada de modo que causa grima, y en la cual, después de todo, se entra á fuerza de recomendaciones; os dá á los industriales asturianos el disgusto gordo de excluirlos de las contratas de carbón para los buques de la Armada nacional, y eso que el vuestro ha sido considerado como superior en los ensayos practicados en los departamentos marítimos; os dá unas empresas ferrocarrileras omnipotentes en lo de arbitrar tarifas cada vez más crecidas; os dá una administración pública rutinaria y dispendiosa, capaz de poner obstáculos á lo más útil y conveniente. (Aplausos.)

Ved, pues, continúa el orador, si tenemos razón para acudir á vosotros excitándoos para una acción común en beneficio de la República, que ha de barrer tanto abuso y tanta irregularidad, y que ha de ser, sí, el gobierno de todos, y en primer término el gobierno de los que trabajan.

A trabajar con fe y entusiasmo en esta obra comenzada para procurar la unión de los republicanos y por la creación de círculos en donde se estrechen cada vez más las distancias entre los que damos cuanto somos y valemos por la instauración del único régimen político compatible con la dignidad humana, con la patria y el derecho. (Grandes aplausos.)

El Sr. Alvarez (D. Melquiades).

(Grandes aplausos al presentarse en la tribuna.)

Gracias por vuestros aplausos, correligionarios. Supongo yo que no habreis hecho caso de los inmerecidos elogios que de mí ha hecho el Sr. Sela. Yo no soy nada de lo que él ha dicho; soy tan sólo un republicano convencido, que expresa con sinceridad en todas partes sus opiniones políticas, y que siente cada día más poderosa y más viva la fe en los ideales puros de la democracia, sin que la entibien en lo más mínimo los desengaños de la vida y las apostasias de los hombres. (Aplausos.)

Concurre en mí un motivo análogo al del Sr. Buylla, porque hablo aquí como si fuera en mi pueblo, por ser el de mis ascendientes, de quien heredo el amor al trabajo y algo de energía para la lucha en pro de esa clase social de donde ya procedo y por la que llegaría hasta el sacrificio para redimirla y engrandecerla. (Aplausos.)

Habla de Cuba y Filipinas, y dice: ¿Acaso no sabeis cómo nació la guerra? Pues fué engendrada por las inmoralidades y por las desvergüenzas de una administración corrompida, á las que no pusieron coto los gobiernos monárquicos; creció más tarde con los desaciertos y torpezas de un general funesto, verdadero prestigio de esta baja política restauradora, á la que dió vida un día con la traición cobarde de Sagunto, pero cuyo fracaso en el mando del ejército fué tan evidente que pudieron entonces los insurrectos recorrer á guisa de vencedores toda la Isla, llevando por delante el incendio y la muerte de aquellas fértiles comarcas. Y cuando todo el mundo, con una prudencia de que no hay ejemplo, con verdadera abnegación heroica, parecía olvidar este cúmulo de amarguras y robustecía su alma templada para el infortunio con la esperanza de nuevas victorias, estos desdichados gobiernos de la realeza están á punto de concertar la paz con oprobio de la patria, poniendo para siempre la honra de España á los pies de una República extranjera. (Grandes aplausos.)

Al expresarme así, no es que nosotros prediquemos la lucha y el exterminio, no. Nos lo impiden nuestras convicciones políticas, que son muy distintas de aquellas que obligaron á decir á un filósofo que el ideal de las naciones es la guerra; nos lo impide la misma forma de gobierno que defendemos, que al fin la República, por lo mismo que no se alimenta del privilegio ni tiene el carácter patrimonial de las monarquías, simboliza en la política el reinado de la paz y del trabajo, y de la paz y del trabajo viven los pueblos que han llegado, como Francia y como Suiza, á ser los soberanos de su poder y los árbitros de sus futuros destinos. (Aplausos.)

Anhelamos la paz, pero queremos que ésta sea el fruto natural de una política justa y honrada, definida y precisa, sin obedecer á los estímulos de la cobardía ni á intolerables imposiciones extranjeras. Contra humillaciones tales, que son el ludibrio de la patria, protestamos con energía cuantos hemos colocado el honor nacional por encima de todo linaje de conveniencias y de intereses. (*Grandes aplausos.*)

Pues bien; á resultado tan deplorable está á punto de conducirnos esta malhadada y medrosa política de la restauración.

Dice cómo deben ser las relaciones que la metrópoli sostiene con las colonias; que no debe considerarse á estas como una grangería explotable, sino que debiera tratárselas con el cariño de una madre amantísima, educándolas, dignificándolas y haciendo de ellas una prolongación ideal de la vida misma de la patria.

Pero ¿qué ha sucedido? Que se las ha tratado como á menores de edad, como á personas *alieni juris*, someténdolas en todas las funciones de su vida administrativa y política á la esclavitud de una centralización absurda; dominándolas con el imperio de un poder fuerte, abusivo, cuasi tiránico, muy apropiado para despertar odios y gérmenes de separatismo y de independencia causantes de todas nuestras desventajas. Y estos decretos estadistas de la monarquía ni supieron ir aflojando con los medios racionales de una política expansiva y liberal estos lazos de subordinación autocrática que tenían sujetas las colonias ni supieron conducirlas suave y dulcemente á un régimen autonómico especie de *self government* que las capacitara para regir su vida, nombrar sus empleados, organizar su hacienda, formar su presupuesto, sus leyes, todo, en fin, lo que constituye el desideratum y la generosa aspiración de una honrada y prudente política colonial. Si lo hubieran hecho en esta forma no era posible que los hijos de Cuba se rebelaran contra esta pobre España, que les ha dado á la vez que la vida los frutos de su civilización y el apoyo de su poder. (*Grandes aplausos.*)

Se extiende en consideraciones históricas para demostrar que el régimen antiguo de los virreinos en los tiempos de la casa de Austria y las inmundicias administrativas fueron el principal motivo de la pérdida de nuestras colonias, desde la Florida hasta el Perú y desde Méjico á Buenos Aires, y dice que donde quiera que hemos puesto la planta de nuestra dominación, nuestros gobiernos han ido después sembrando recelos y desconfianzas como si tuviesen placer en fomentar la rebeldía escarneciendo públicamente al conquistado. (*Aplausos.*)

Hace un estudio del sistema colonial practicado por Inglaterra en las colonias del Canadá y de la Australasia; cita las opiniones de Lord Russell y de la Liga Manchesteriana, representada por Cobden y expone el régimen colonial que la República habrá de llevar á la práctica.

Manifiesta que á raíz de haberse dado el grito de rebelión en Baire, los republicanos pidieron el planteamiento de las reformas, petición legítima porque se trataba de una ley aprobada en las Cortes, obra del patriotismo de todos los partidos peninsulares y ultramarinos que habían llegado á un acuerdo aceptando el proyecto ecléctico del Sr. Abizaca; pretensión justificada por la necesidad por cuanto acreditaría las buenas intenciones de España en lo que afectaba al régimen de sus colonias y porque despertaría las simpatías de Europa que anhela la vida del progreso moderno para estos pueblos de América, pretensión, en fin, humana, toda vez que aun tratándose de tímidas reformas descentralizadoras, de escaso sabor democrático, se contendrían en parte los abusos del poder personal encarnado en la autoridad militar de la Isla y se limitarían por consecuencia los excesos peligrosos del despotismo.

Semejante demanda, añade, expresada principalmente por los órganos de la opinión republicana fué rechazada por los conservadores como humillante, manteniendo el criterio de sofocar la guerra con la guerra, negándose á todo linaje de transacciones y enviando á Cuba doscientos mil hombres arrancados de las últimas capas del pueblo. Y el tiempo vino después á desmentir las profecías optimistas de Cánovas y pasaron dos años y la guerra continuó implacable, feroz, devorando la vida de la juventud española, ofreciendo á menudo escenas de heroísmo y de valor por parte de nuestros soldados pero evidenciando con elocuencia la inutilidad del sacrificio. Y después de esta larga jornada de horribles desgracias, después de estar exhausto el tesoro público, arrasados los campos de Cuba, gastados dos mil millones de pesetas, muertos cincuenta mil hermanos nuestros, es cuando el gobierno desmaya del éxito de su empresa y abdica de sus ideales y esclavo de los Estados Unidos accede á todo, llevando las reformas á Puerto Rico y terminando por aplicar en la Gran Antilla el régimen autonómico que nosotros queríamos

otorgar voluntariamente en los comienzos de una lucha sangrienta. Hay que decirlo muy alto; lo que entonces pudo ser un acto de generosidad es hoy á todas luces una evidente cobardía. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Se extiende después en consideraciones para demostrar que todos los partidos monárquicos, incluso el carlista, alimentaron con sus predicaciones la necesidad de la guerra alhagando la patrioteria malsana del país con una política sañuda de crueles represalias. Solo nosotros, dice, disintimos públicamente de tan funestos errores. Y así como en Francia después de la catástrofe de Sedan, fué llamado á regir la República el ilustre Thiers, el único que había leído claro en el porvenir oponiéndose, en contra de Julio Favre, á la declaración de la guerra franco prusiana, así nosotros, que hemos sido siempre los apologistas del régimen autonómico, estamos en el caso de reclamar hoy ante el país, como un derecho innegable que nos asiste, la conquista del poder político. (*Grandes aplausos.*)

Demuestra que Salmerón, Pi y Margall y la Junta central de Unión republicana, acertaron en sus predicaciones y termina diciendo que sólo el partido republicano puede ser una garantía para las colonias y para España, porque sólo él puede sin detrimento de la dignidad nacional ofrecer amplias libertades y reformas democráticas, restableciendo á la vez en la administración y en los tribunales el imperio de la honradez y de la justicia. (*Prolongados aplausos.*)

Hay, sin embargo, quien cree en los carlistas; pero semejante aberración está rechazada por el progreso que nunca puede consistir en saltos hacia atrás, ni en retrogradaciones absurdas, y por la conciencia del pueblo español que no puede olvidar la sangre vertida en pro de la libertad. (*Grandes aplausos.*)

Después de esto, bajo el pretexto de restablecer la unidad católica, surgirían conflictos y desaparecerían todas las conquistas que significan el progreso.

Nos ofrecen el *Virreinato* y la *Ley de Indias*, que no sirven para estos tiempos; olvidan que el *Virreinato* nos trajo como consecuencia las revoluciones de Nápoles.

Nos ofrecen las antiguas Cortes de Castilla, y olvidan que estas Cortes eran sólo expresión del absolutismo é instrumento de la voluntad omnimoda de los monarcas.

Nos ofrecen un monarca y olvidan que en tiempo de los reyes perdimos todas nuestras colonias, que con Carlos II surgen guerras y con reyes se prostituyen las naciones. (*Grandes aplausos.*)

Pero comprendiendo que era necesario acogerse á la fuerza que representa el proletariado, ofrecen recursos y soluciones al pavoroso problema social á la manera como lo hizo el Papa. Este pudo acertar en algunas cosas é hizo muy bien en aconsejar la caridad cristiana; pero no indicó un remedio útil, aceptable para resolver el problema. Este problema reclama medidas radicales. Al amparo de una monarquía absoluta no puede resolverse; un poder que se funda en una injusticia no puede hacer reinar la justicia. Esto lo dicen todos los socialistas, desde Marx hasta Guesde.

Obreros: si este problema social que tiene que elevaros, y yo lo reconozco, necesita una solución; si hay que poner término á tanta injusticia social, debéis comprender que teneis que venir con nosotros para concluir con este régimen, con nosotros que hemos de llevar el espíritu socialista á nuestras leyes, emancipando al proletariado al amparo de la democracia. (*Grandes aplausos que se repiten largo rato después de terminar el orador.*)

* * *

Poco después de las cuatro y media terminó el *meeting* que ha producido en Mieres profunda impresión, confirmado en su fé á muchos antiguos republicanos y provocado la adhesión de muchos que no lo eran.

Basta oír lo que en Mieres se ha dicho toda la semana acerca de esta gran fiesta republicana para penetrarse de la necesidad de no cejar en la obra de propaganda emprendida, obra verdaderamente fecunda en hermosos resultados para la causa republicana. (1)

(1) Agradecemos vivamente á los Sres. Muñoz y Alborno el valioso auxilio que con sus notas taquigráficas nos han prestado para la reseña del *meeting*.

A ellos debemos el poder dar el amplio extracto que precede.—
(Nota de la Redacción.)

MIXTURA.

Modelo de virtudes públicas y de costumbres privadas; casto, prudente, magnánimo, patriota, padre ejemplar y esposo fidelísimo; español por los cuatro costados; ceñida la frente de laureles; favorito de la victoria; encarnación viva de la vieja España; del heroísmo y la leyenda, D. Carlos de Borbón y Este se nos brinda de nuevo generosamente como el restaurador auténtico de las antiguas glorias de la tradicional monarquía.

Pero ¿de cuáles? No estaría de más averiguarlo. Esta monarquía tradicional tiene en punto á gloria un par de caras como Jano. Bien puede decirse que hay en tal respecto dos monarquías tradicionales. La una vence en Lepanto; la otra sucumbe en Trafalgar. La una triunfa en Pavía; la otra fracasa en Rocroi. Aquella conserva la unidad nacional con los reyes Católicos; ésta vende la España al extranjero con Carlos IV. Unos reyes conquistan media Europa; otro cede lo conquistado. Unos reciben de la fortuna y del heroísmo el regalo de un mundo; otros pierden por su torpeza y tiranías el mundo regalado.

Un Felipe adquiere el Portugal; otro Felipe le abandona. Cuando nos rige un Cisneros; cuando un Olivares. Un monarca se llama Carlos I; otro Carlos II. Una reina es Isabel de Castilla; otra María Luisa. Primero dominamos en Francia y en Europa; luego somos su escarnio y su juguete. ¿Cuál de esas dos monarquías tradicionales será más abonada para restaurar don Carlos de Borbón?

Dícelo, por modo auténtico, el Manifiesto carlista. Bajo Carlos VII la Iglesia se gobernará libremente sin la traba del *exequatur*; mal año para la memoria de Carlos III, celoso defensor de las regalías de la Corona. Se restablecerán las antiguas Cortes, aquellas Asambleas de procuradores á quienes trataron con tanto menosprecio los primeros Austrias, y que bajo sus sucesores dejaron de convocarse y de existir como factores de la constitución política de la vieja monarquía. Las libertades regionales serán restauradas, mal que pese á la tradición de los opresores de comunidades y germanías. Se constituirá la justicia conforme al antiguo fuero aragonés, aunque rabie en su tumba el regio verdugo de Lanuza. Regirán las colonias aquellos virreyes bajo cuya gobernación la América quedó virtual pero definitivamente perdida para España.

Nuestras Universidades reanudarán sus gloriosas tradiciones medievales, siquier ello disguste á la sombra veneranda del gran Fernando VII, que las cerró para abrir cátedras de tauromaquia. La Hacienda pública será regida con acierto y honradez, y no como cuando los reyes, por salir de apuros, se incautaban del cargamento de los galeones de Indias aunque perteneciera á los particulares. La administración pública será modelo de rectitud, y no como en aquellos tiempos de los Lermas y Olivares en que los destinos y encomiendas se vendían al mejor postor. Seductor programa en verdad, pero que deja en el espíritu la duda de si se trata como se pretende de una restauración ó más bien de una rectificación completa de la política monárquica tradicional.

Podrá haber todavía en España quien se allane á morir por el gusto de restablecer en esta nuestra edad de hierro los virreyes, el Consejo de Castilla, las Cortes de procuradores, los oidores, los alcaldes de casa y corte, los gremios, las covachuelas, las leyes de Indias, los favoritos y la bazofia conventual. Pero hay que reconocer que, quien tal haga, muestra poco apego á la vida. Dar ó recibir la muerte por la integridad de las tradiciones, por el restablecimiento entero de la vieja monarquía, por la causa de la religión y de la Iglesia á nombre de Dios, es acto de supersticioso y de fanático que no carece de grandeza. Morir y matar por esa tradición adulterada, por esa falsificación del pasado, por esa mixtura extraña de democracia y despotismo en que apenas queda de lo que fué sino los nombres, sería matar y morir en tonto. Los genuinos partidarios de la tradición han de encontrar el tal manifiesto tan vitando por las antiguallas que omite como odioso por las novedades que aclama.

Entre las cosas de que el manifiesto prescinde están las que constituyen la esencia misma del régimen tradicional. ¿No se vá, por ventura, á restablecer el Santo Oficio y quedará impune bajo la monarquía de Carlos VII el delito de herejía? ¿No se va á expulsar del país á los descreídos y cismáticos? ¿No se va á cerrar la frontera de tal suerte que no logren traspasarla las ideas perniciosas que á veces nos vienen de Europa? ¿No se van á restaurar mayorazgos y vinculaciones, fundamento firmísimo de la estabilidad de las familias linajudas? ¿No se va á devolver á la iglesia los bienes que le fueron arrebatados por la desamortización? ¿No vamos á declarar la guerra á Italia para res-

tablecer al Santo Padre en la plenitud de su poder temporal y devolverle el patrimonio de San Pedro? Estas cosas eran lo que precisaba haber declarado.

Hablar de libertad verdadera, prometer á la Iglesia el respeto de su derecho como sociedad lícita en el Estado, enaltecer la descentralización llevándola hasta el regionalismo, ofrecer remedios más ó menos eficaces para el problema social, todo eso lo hace mejor cualquier demócrata. El carlismo, en esta su última evolución, resulta igualmente contaminado de la herejía liberal por lo que afirma y por lo que calla. Para hacerse posible tiene que negarse á sí mismo.

Grandes fueron sin duda los pecados de la España tradicional; pero, así y todo, antojásenos que el augusto cadáver merecía mejores exequias.

Verse representado en el mundo por D. Carlos y acompañando al sepulcro por el *gori gori* de Mella, es en verpad un entierro de cuarta clase. ¿Qué dirían, si levantarán la cabeza, los ilustres teorizantes de la reacción, un Donoso, un Balmes, hasta un Aparici, viendo reducido el ideal de sus apocalípticas reivindicaciones á la proporción microscópica de esa componenda que pretende tomar las palabras de lo antiguo y la sustancia de lo nuevo, que abomina del liberalismo plagiándolo y abandona la defensa de todas las grandes reparaciones exigidas por el pasado en su pleito con el presente? Nunca drama más grandioso ha tenido por desenlace más lamentable bufonada.

Alfredo Calderón.

ECOS PROVINCIALES.

Grado.—Por fin, D. Pedro, aquel D. Pedro, duro de rostro, gran mangoneador, y amigo de la vara, se salió con la suya, á pesar de la indignación popular, y de la enfermedad de los concejales y de los telegramas de Juan Fernández.

Después de vencer, en reñido combate, á los Cuervos, Fiscales, y demás aves frías del género pidalino, constituyó el Ayuntamiento.

A bien que tuvo que acudir en demanda de auxilio, al Nuncio y á Poncio Pilatos; ó lo que es igual: á dos fusionistas del genero chico, que se presentaron en el campo de batalla, en clase de *Duguesclines* (vulgo, *pasteleros*), y salieron de él llenos de arañazos, y con la honra política, toda hecha girones.

Pero, en cambio, se salvó el país.

Porque antes, estábamos sin alcalde y sin Ayuntamiento.

Y, ahora, tenemos un alcalde que dá el opio y las *bua tarde* á todo vicho viviente, y tenemos además una corporación municipal, compuesta en su mayor parte, de escarpines, *madreñes* y monteras, sobresaliendo entre éstas, la montera de D. Pedro, que se pone por *idem* el concejo en masa.

Los únicos, que con dicho motivo, quedaron aplastados por toda la eternidad, fueron los mestizos de bajo coturno.

Los cuales, según tengo entendido, se retiran de la política, para dedicarse á las siguientes tareas:

El sobrino de su tío, arrebujaado en un *ruso* barato, se dedicará á *explotar el físico* por las calles del pueblo.

Cuervo, se entretendrá en calentarse los pies (que es calentarse), y en empollarse el Alcubilla (que es empollar).

Note, "tomará un papel importante" en *Los Carboneros*; y eso que desde que entró D. Pedro, "se acabó el carbón".

Entre paréntesis: advierto á estos dos últimos señores, que si no están muy fuertes en música, pueden recibir unas cuantas leccioncitas de *solfa*, del maestro Aguirre, excabo de municipales y especialista en *tocatas*.

El Hipócrates de San Pelayo, se ocupará en curar de espantos á sus amigos, propinándoles unas dosis tremendas de mala intención.

Manín de la Gáraba, se consagrará á visitar los altares.

Manolo Bagbón, se ocupará en la penosa tarea de arreglar los papeles de los paisanos y de los quintos que quieran embarcarse á bordo del vapor *Apropinquate*.

De Alvarito Vives, no digo nada; porque ese va á muy gusto en su charret con *lluca*.

Eme de E.

Luarca.—¡Pobrecillo! Ya te llama insulso el *Eco* del Vaticano, y dice además que no tiene razón de ser tu venida al mundo periodístico, habiendo otro semanario en la localidad que, más valeroso que tú, defiende con tesón los timbres heráldicos y la

regia escalería de su aristocrático nido. Cuyo *Eco*, que es el que repite estas voces contra tí, "Heraldo del Occidente," como Monserga quiere se te llame, las hace llegar hasta el solitario y silencioso campo de la Atalaya, donde en algún día también "Justo Falible" hizo resonar su eco, y un "Camino" torcido le apagó su voz, como acalló de una manera poco cortés y adecuada, los llantos de un *rorro* dentro de una casa de todos respetada y venerada.

Precisa, pues, amigo "Heraldo," tener un poquito de cortesía con la gente de pergaminos, y hablar de vez en cuando de sus timbres heráldicos, aunque sea en la *monserga* que Monserga escribe tan continuamente desde su tribuna. Y ya verás entonces como se te quiere en el Vaticano, y no dirá su *Eco* que eres insulso como ahora te llama. Serás un buen amigo de los del *Palacio*, y tu vida privativa será próspera y de satisfacciones, por aquello que quien á buen árbol se arrima buena sombra le cobija. Para conseguir todo esto, haz lo que hace tu colega de la villa: mucho bombo y mucho pastel. Y nada más.

Cudillero.—Llamamos la atención del Sr. Obispo de la diócesis sobre un asunto que directamente le concierne.

D.^a Antonia Cuervo Arango legó una de las casas que poseía en la villa de Cudillero al presbítero D. Gabriel Marqués, mitad como patrimonio y la otra mitad—que podía habitar—quedaba afecta á sostener el alumbrado de la lámpara del Santísimo, á condición de que á la muerte de dicho presbítero la casa entera se destinara á conservar aquel alumbrado; «pero si por efecto de las leyes por que la nación se rigiera no pudiera perpetuarse ese alumbrado, podía vender la referida casa el párroco de Cudillero, empleando su producto en beneficio de la Iglesia.»

Falleció hace cuatro años el presbítero D. Gabriel Marqués, y el párroco de aquella villa, D. Santos González Prida, se incautó de la casa en cuestión, vendiéndola á D. Florentino Rovés, sin que sepamos que fuera autorizado por el Obispo para celebrar este contrato y tampoco para declarar como casa-rectoral la que adquirió á menor precio.

Lo que desde luego no admite duda es que D. Santos González manifestó al pueblo que desde el fallecimiento de D. Gabriel el alumbrado pesaba sobre la fábrica de la Iglesia, y por tanto, esperaba de los feligreses que contribuyeran al gasto del alumbrado, por ser muy exigua la dotación que recibía del gobierno aquella parroquia para culto y fábrica, y, al efecto, colocó en la iglesia unos depósitos de hoja de lata dentro de cajas de madera para que las devotas fueran depositando diariamente el aceite para la lámpara del Santísimo.

NOTA.—Sobre la dotación, conviene advertir que en Cudillero el párroco puede hacer buen negocio, pues produce el curato más que una canongía (habiendo tres curas).

Después de larga y penosa enfermedad, falleció el 2 del actual en la villa de Cudillero D. Diego de la Concha y Albuerne, Vicepresidente primero del Comité de Unión republicana del concejo.

Tuvo lugar su entierro el día 4.

Concurrió numeroso acompañamiento, tanto de las parroquias del concejo como de Soto del Barco, Pravia, Muros, etc., en cuyas localidades tenía el finado muchos parientes y amigos.

Fué un demócrata convencido, y profesaba ideas federales de toda la vida, y en sus últimos momentos lamentaba no ver instaurada la República por la falta de unión entre la gran familia, así como asegurada la paz en Cuba y Filipinas, por ser un patriota exaltado.

Sus amigos y correligionarios sintieron la muerte, y acompañan á su familia en el sentimiento.

LA UNION REPUBLICANA le envía el más sentido pésame.

MUNICIPALERÍAS.

Apenas si hay de qué tratar.

Pasau los días en el mayor aburrimiento; ni habló Planas de sus proyectos portentosos y monumentales, ni Berjano sacó la cara por algún amigo, ni Castañón defendió más dictámenes de las comisiones que preside, ni el Alcalde, que Dios y Canillejas nos dieron, pidió algo para las obras que trae entre manos allá por la villa de sus alegrías, ni dió cuenta siquiera de la mala pasada que jugó por ahora al Municipio el río, llevando el discutido puente de Veguín.

En resumen, que en aquella casa donde tantas cosas pasan, no pasó nada digno de mención.

Todo sigue igual; parece que fué ayer.

Vienen viernes tras de viernes y en aquel salón, digno de ser venerando, continúan solos los célebres sillones de *á onza*, y ocupados á veces por algún concejal que toma en serio su papel y asiste para cumplir con los deberes que su cargo le impone.

Por cierto que ahora se admiran los apreciables diarios de la capital de que los concejales no cumplan con aquellos deberes porque no van á la catedral los días de *rúbrica*, confundiendo sin duda las cosas y las personas.

Y tienen razón, porque para eso están los Alcaldes y Tenientes que presiden las comisiones y representan con más autoridad al Ayuntamiento.

Ahora lo que hay que averiguar es si es un deber el sentarse entre vallas ó un derecho.

Porque si lo primero no debería abandonarse nunca; si lo segundo ya es otra cosa, entonces podría ejercitarse cuando se tuviera por conveniente y con previo aviso.

Averigiando los *carinosos* compañeros á quien tanto interesa este asunto y tan poco otros que se relacionan con la buena administración del concejo.

Se fijan, pongo por ejemplo, en que fué solo nuestro Poncio por el cirio blanco y dieron en cambio la noticia escueta de que el puente de Veguín había desaparecido del sitio donde las influencias de amigos muy metidos por los *rotativos* colegas y el dinero municipal lo habían colocado.

Y la cosa nos parece digna de atención.

Un puente tan nuevo, que no estaba aún abonado el presupuesto total.

Un puente, el mejor que tenía el Ayuntamiento.

¡Y en la primera riada desaparece! Es necesario, es de conciencia saber las causas que influyeron para que la catástrofe sucediera; la costumbre en tales casos es indagar si hay ó no responsabilidad para alguien, formar expediente y probar de una manera indubitable que sólo fuerzas imprevistas ó superiores á todo cálculo fueron las determinantes de la desgracia.

Pues es hoy el día, y van transcurridas semanas, en que no le consta al Sr. Alcalde, según dijo en plena sesión, oficialmente nada sobre el asunto, y sólo sabe que el puente de Veguín se hundió porque lo leyó en los diarios que de ello dieron cuenta.

Ahora den ustedes bombos al Poncio que tanto se interesa por los intereses que está llamado á representar, si no como de Real orden, al menos como concejal, y hasta representante de aquellos contornos.

Pero como dirá *La Cruz*, es un hombre independiente que solo mira y atiende los dictados de su conciencia.

Y *tableau*.

De modo que ya saben ustedes lo que pasa en el Municipio: que no parece el puente de Veguín.

Y que el Alcalde ignora si es verdad ó mentira lo de la riada.

LOS VERDADEROS ENEMIGOS

Las declaraciones del general Blanco, que tan discutidas son por los corresponsales de la prensa madrileña, *tienen miga* y hay que insistir en comentarlas, para demostrar cómo mienten aquí los representantes de la reacción frailuna.

Blanco ha asegurado que la insurrección filipina es de carácter regional, no habiéndose dado ningún grito de guerra España! Concuérda esto con noticias recibidas del archipiélago y con revelaciones hechas por publicistas extranjeros, y es grandemente significativo.

Si no se ha gritado en Filipinas ¡muera España! aquello no es una guerra separatista, sino una guerra civil, una rebelión, como las muchísimas que ha habido en la Península.

No es España el enemigo que combaten los rebeldes. Luchan contra la inmoralidad y los frailes y pelean por el progreso de su patria. Es, por lo tanto, una insurrección semejante á la revolución española de 1835, en la que, según la hermosa frase de Larra, "se iluminó la nación con el fuego de sus conventos."

El remedio de los males que sufre Filipinas y que han sido causa de la insurrección está en una sabia política, no en proceder bárbara y despiadadamente.

¿Y cómo no han de alzarse los filipinos contra los frailes,

verdaderos causantes de esta guerra? Ellos son los que llaman blando á Blanco, que ha firmado cincuenta y nueve sentencias de muerte.

¡Contraste singular! ¡Un general, un guerrero, un hombre acostumbrado á los estragos de la guerra, ha sido censurado por ser humano y caritativo, y ha tenido que rechazar á los que pretendían que tratara á los indios como si fueran fieras.

En cambio los hombres sin corazón y sin conciencia, los excitadores á la matanza, los que han fusilado á Rizal, los que piden sangre y más sangre para ahogar la insurrección, los que solicitaban de Blanco que persiguiera á los indios como se persigue á las fieras, son los frailes, los misioneros de una religión de paz, los ministros de Cristo.

Y no contentos con la barbarie inquisitorial que ejercen sin traba alguna en Filipinas, todavía persiguen á su enemigo en la Península, y ciertos diarios de gran circulación, vendidos á las órdenes religiosas, pretenden azuzar la brutalidad patrioter para que silbe á Blanco.

Por fortuna aún queda sentido común.

Blanco habrá cometido errores como general, pero se le respeta como hombre humano que conserva honrado su uniforme y sabe lo que va del soldado al asesino, del caudillo al esbirro de los frailes.

Lo que á Blanco, apesar de ser monárquico, le hace simpático á nuestros ojos, es las censuras hidrófobas de esa prensa mercenaria.

Guárdese sus repugnantes elogios para el feroz beato Polavieja, que es el único que las merece, ó para los frailes, que han sido los únicos y verdaderos enemigos, en aquél archipiélago, de la tranquilidad de España.

CIMADEVILLA.

Hemos recibido una carta anónima denunciando hechos que se dicen ocurridos en la Casa de Socorro.

Si las personas interesadas en el asunto tienen interés en que nos hagamos eco de sus quejas, pueden presentarse en esta Redacción ó enviar su firma.

El Ayuntamiento ha incurrido una vez más en el desagrado de los diarios sacristanescos.

Et pour cause.

El podrá no administrar ni hacer nada.

El Alcalde es muy dueño de construir veinte caminos uno sobre otro para Villafria, si así le place.

Y de crear una Casa de Socorro que no sirva para socorrer á nadie.

Todo eso le tiene sin cuidado á la prensa local.

Pero no asistir el Ayuntamiento á las Candelas... ¡Mire usted que no asistir á las Candelas!

Eso no se puede consentir, grita *El Carbayón*.

Ni tolerar, añade *El Correo*.

Es un escándalo, replica *El Carbayón*.

Una vergüenza, corrobora *El Correo*.

¡Qué imbecilidad! Y Vds. perdonen la manera de señalar.

El Carbayón bien comprende que algunos concejales no asistirán á esas funciones por mor de sus ideas.

Pero al aceptar el cargo se comprometieron, según él, á hacerlo y á las ideas que las parta un rayo.

¿Pero no comprendes, oh *Carbayón* histórico y cortezudo! que el pueblo ha elegido á los concejales precisamente porque tenían esas ideas, y que ningún artículo de la ley municipal obliga á los regidores á participar de las fiestas místicas?

Ahora si los dos diarios limitaran sus censuras á los conservadores, no irían tan descaminados.

¿Por qué? Porque si los concejales conservadores no sirven para llevar un cirio, ó siquiera una vela ¿para qué sirven?

Y, sin embargo, no nos acabaremos de convencer de la necesidad de que vayan á la Catedral, mientras los canónigos no hagan sus visitas correspondientes á la casa del pueblo y tomen parte en las deliberaciones del Consistorio municipal.

Se nos antoja que tan buen papel hace Berjano, pongo por concejal, en el presbiterio, como lo haría D. Hermógenes, nuestro candidato á la primera mitra vacante, en el Ayuntamiento.

El Alcalde es otra cosa.

Ese parece bien en todas partes, donde haya jarana, sea sagrada ó profana.

(Y que Cápua perdone la consonancia y el ritmo).

Es mucho Alcalde él para desaprovechar una ocasión de colgarse los cintajos y las placas con que deslumbra hasta al mismísimo Aguadé.

Y asistió á las Candelas, ¡ya lo creo! ¿Cómo había de haber función sin... Alcalde?

Por lo visto el Ayuntamiento de Gijón tampoco peca de místico.

Y siguió la senda por donde fué el Ayuntamiento de aquí.

Lo cual trae indignado á *El Musel* de allá.

El mal es general.

Fruto probablemente de las predicaciones de los diarios conservadores.

Porque los sermones del diablo harto de carne suelen producir efectos contraproducentes.

Nada ha dicho *El Correo* á pesar de nuestra excitación cariñosa, de las minas de Comillas cuyos obreros llevan tres meses sin cobrar.

Otros cobrarán á tiempo, y en paz.

¿No es eso lo que opina *El Correo*?

El otro órgano de los intereses materiales, no ha dicho tampoco una palabra.

¿Para qué? Comillas puede suscribirse mientras que á los obreros no les alcanza el dinero para eso.

Sobre todo si les pagan con tres meses de retraso.

La Cruz no quiere más cuestiones con nosotros.

Promete no hacernos caso.

Sentimos no poder pagarle en la misma moneda.

Nos creemos en el deber de estudiar y curar los casos patológicos y especialmente los de peste bubónica.

Conciertos nocturnos.

Porque el asunto lo merece, vamos á ocuparnos brevemente de los conciertos que se celebran en los cafés del *Pasaje y Madrid*.

Exijen especial mención los que se celebran en el café de Madrid, por la novedad, y dentro de la misma, por la verdadera inclinación del público hacia esta clase de espectáculos.

Las señoritas D.^a Isabel y D.^a Emilia Granados, que, cómo dijo un conocido y popular ovetense, —¡hay que quererlas!— son las encargadas de hacer atractivos los conciertos y todas las noches son merecidamente aplaudidas.

Pero aquí queremos *diferir* (?) del mérito artístico-musical de estas niñas, para decir, que todas las noches... ¡diariamente!— como diría Amejeiras en *El Musel*—lo que constituye el *acto espasmódico* del público, son las *escenas* de baile español, ruidosamente aplaudidas, bien presentadas y bien bailadas.

Excusamos expresar que la concurrencia al café de Madrid es cada vez más numerosa, y que, ... nada, lo que decía nuestro popular ovetense: "¡Hay que quererlas!"

También los conciertos que á cargo del *sexteto* se dan en el *Pasaje*, atraen gran concurrencia, siendo justamente aplaudidos por los *dilettanti* del *divino arte*, los trozos de música selecta y escogida, que el *sexteto* interpreta, con la afinación y el buen gusto que le son peculiares.

Adelante con esas veladas musicales, que son un medio, en el *café de Madrid* y en el del *Pasaje*, de sobrellevar el inmenso dolor, que experimentamos, viendo á Angelón tan alicaído en sus *Incidencias*.

El Carbayón habló del *terceto Granados* el jueves y dijo que este terceto cosecha muchos aplausos "tanto en la ejecución de las piezas musicales como en los números pandeteólogos..."

¿Pan de qué? ¿De teólogos?

¡Ustedes, si que están buenos teólogos... á contra pelo! ¡Y que coman ustedes pan...!

Pero, hombre... ¿qué hace esa *Cruz*?